



“El otro discípulo corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro ”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1,1-4:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de la vida (pues la vida se hizo visible), nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestra alegría sea completa.

Salmo

Sal 96,1-2.5-6.11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20,2-8

El primer día de la semana, María Magdalena echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.» Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

Juan, hijo de Zebedeo y Salomé, y hermano de Santiago, estaba con este y con su padre a orillas del lago, cuando, pasando Jesús por allí, llamó a los dos hermanos “y ellos, dejando la barca y a su propio padre, le siguieron” (Mt 4,21-23).

Juan, el discípulo amado de Jesús (Jn 13,23), comenzó, junto con su hermano Santiago, siendo “Boanerges”, los hijos del trueno (Mc 3,17). El apodo hacía referencia a su espíritu violento y fanático. Pero, Jesús le fue modelando con actitudes evangélicas, lo mismo que a los demás apóstoles.

Junto con Pedro y su hermano, Santiago, es uno de los discípulos predilectos de Jesús. Aparece junto a él en momentos importantes. Está junto a Pedro y Santiago cuando Jesús, en Cafarnaúm, entra en casa de Pedro para curar a su suegra (Mc 1,29); sigue con ellos a Jesús en la casa del jefe de la sinagoga, Jairo, cuya hija volverá a la vida (Mc 5,37); le sigue también cuando sube a la montaña para ser transfigurado (Mc 9,2); está a su lado cuando pronuncia el discurso sobre el fin del mundo y de la ciudad (Mc 13,3). Y está cerca de él cuando en el Huerto de Getsemaní se retira para orar con el Padre (Mc 14,33)... Veamos sólo dos detalles del Evangelio de hoy relacionados con Juan.

“Entró Juan en el sepulcro; vio y creyó”

Con esta sinceridad y sencillez nos cuenta Juan su fe. Porque, por mucha intimidad que tuviera con Jesús, hasta aquel momento no había entendido “que él había de resucitar”. ¿Qué es lo que vio Juan, que no hubiera visto antes, que le hiciera creer? Vio la muerte sin muerto, el sepulcro vacío. Y, antes de que Pablo lo dijera, Juan aprendió en aquel momento a buscar y soñar con los bienes de allá arriba donde estaba Jesús, su Señor.

Juan “vio y creyó”. Y, desde entonces, creer para él fue afirmar, defender y ser testigo de una salvación más allá de la muerte. Y aprendió también que creer en “las cosas de allá arriba” no era desentenderse de las de aquí abajo, sino todo lo contrario. Se lo había enseñado Jesús, con palabras, conducta y vida. Y Juan recordaba lo central para Jesús de los pobres, los enfermos y los débiles; y la importancia del perdón, la compasión y la misericordia; y cómo las leyes y las instituciones están al servicio del hombre, nunca al revés. Posiblemente no haya compromiso más exigente con el más acá que creer y ser consecuente con la salvación del más allá. Así lo decía un predicador: “Hay que afirmar que lo que despierta la fe en la salvación más allá de la muerte son las salvaciones pequeñas del más acá. Sin éstas, aquélla no es creíble; y sin aquélla, éstas no son lo mismo”.

Juan y el fundamento de la Resurrección de Jesús

Juan, a partir de la muerte de Jesús, experimentó dos cosas:

“El sepulcro estaba vacío”. Es cierto que nadie vio la resurrección de Jesús. No hubo testigos presenciales, humanos al menos. Sólo “no está aquí”. Ciertamente esto se adorna con ángeles, vestidos blancos, idas y venidas de mujeres, pero “el sepulcro estaba vacío”.

La presencia reiterada de Jesús. Se aparece y come con ellos. Al principio no lo ven claro, se asustan, dudan; pero, poco a poco los hechos se imponen. El mismo Jesús que Juan conocía de sobra, el mismo que había muerto y había sido sepultado, vivía y se manifestaba a personas concretas y a grupos más numerosos. Y, ciertamente era el mismo Jesús que conocían hasta la saciedad.

Así surgió la fe de Juan y de los discípulos. Este fue y es el fundamento de la Resurrección. No es de extrañar que aquellos hombres se convirtieran en testigos de lo que estaban viviendo y que, siguiendo la consigna del Maestro, fueran “por el mundo entero haciendo discípulos de todos los hombres” (Mt 28,19).



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evangelios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interesa muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos